CERVANTES Y EL MAR

Eduardo MARTÍNEZ RICO

Para el profesor Manuel Fernández Nieto y
Manuel Santos, Capitán del Ejército de Tierra.

EL mar cubre toda la vida de Cervantes... Nace en 1547 en Alcalá de Henares, en lo hondo de Castilla, pero pronto irá a la corte de Madrid, en la que un duelo con un joven, Antonio de Sigura, duelo probablemente provocado por él, le obliga a escapar de la justicia, hacia Roma. Nos encontramos en 1569; le habían condenado a cortarle la mano derecha, y no se la cortarán porque Cervantes pone pies en polvorosa, pero este hecho, por lances del destino, se materializará tiempo después en Lepanto. Sin embargo, el escritor Fernando Arrabal, en *Un esclavo llamado Cervantes*, dice que esto de la mano de Cervantes es una especie de juego, y él cree que nunca llegó a perderla, o a tenerla «inutilizada», como tantas veces se ha dicho. Para Arrabal, la mano de Cervantes era otra «falsedad» más en la vida del famoso escritor, y es verdad que siempre se le representa con las dos manos en su sitio. Pero la vida del «manco de Lepanto» está llena de ambigüedades, sinuosidades, ocultaciones, y es digna de la mejor novela de aventuras. Cervantes es un Guadiana del que no conocemos más que el 50 por 100, como una de esas ruinas arqueológicas que hay que reconstruir con lo que se ha conservado.

Entonces, con 22 años, huye de la justicia. Debió marchar de España a Italia por mar, por el Mediterráneo. El mar y la milicia están íntimamente ligados en nuestro escritor. Dicho de otro modo, el soldado que es Cervantes no se entiende sin el mar.

Iglesia, mar o casa real

Cervantes siempre quiso ser soldado; llevaba el oficio en la sangre y lo tenía como superior al de las Letras. Si le hubieran dejado, habría sido solda-

Estatua de Cervantes. Museo Naval (Madrid).

do hasta la muerte, dejando sus tiempos muertos para la literatura, como de hecho tuvo que hacerlo para escribir *La Galatea*, el *Quijote*, el *Persiles*... y tantas obras.

Había tres oficios claros en aquella época cuando uno no era de sangre noble. Cervantes lo expresa muy bien en su historia del Cautivo, en el *Quijote*, y era un refrán de la época:

Iglesia o mar o casa real, como si más claramente dijera: «Quien quisiera valer y ser rico, siga, o la Iglesia, o navegue, ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en sus casas», porque dicen «Más vale migaja de rey que merced de señor.»

Cervantes decía que ser «eminente en letras cuesta tiempo, vigilias, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas...», pero el oficio de soldado era aún más sufrido, y él conoció bien los dos:

«Y si éste parece pequeño peligro» —dice Don Quijote—, «veamos si le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de la tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario».

San Pío V y alegoría de la batalla de Lepanto, Museo Naval (Madrid).

Aunque no lo parezca, Cervantes, hoy, hubiera sido un escritor amateur, no un Pérez-Reverte o un Javier Marías. Sólo con el Quijote se hace famoso, con 57 años, y ni siquiera esto le da de comer, porque por aquellas fechas lo que abundaban eran las ediciones piratas, y el pobre Cervantes —porque lo era— no olió un duro de todos esos libros impresos. Ni siquiera de las traducciones que se empezaron a hacer en Inglaterra. Fue un autor de éxito internacional, pero sin dinero y casi sin enterarse.

Sin embargo, el orgullo cervantino aparece cuando entrega la segunda parte de su obra inmortal, y se la dedica al conde de Lemos. Cuenta, en un relato que no puede ser sino obra de su famosa ironía, que un enviado de la corte china le ha venido a visitar; un enviado del Gran Emperador de China. Le pedía a Cervantes autorización para utilizar el Quijote para enseñar en su país el español, la que hoy llamamos, por cierto, «lengua de Cervantes»:

«Preguntéle al portador si su Majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento.

—Pues, hermano —le respondí yo—, vos os podéis volver a vuestra China a las diez o a las veinte, o a las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dinero, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que, sin tantos titulillos de colegios ni recontrías, me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear».

Cervantes estaba seguro de que su libro sería traducido al chino, y no sólo al chino, sino a todas las lenguas del mundo, como así ha sido. Podía ser pobre y necesitado de grandes protectores, pero sabía muy bien lo que había alumbrado su talento. Y en esa internacionalidad, globalidad cervantina, viene de nuevo el mar, pues no se puede lograr sin cruzar las fronteras invisibles que crean los mares y los océanos.

El mar rodea a Cervantes, sí. Durante su juventud, tanto en esa escapada a Roma, donde sirvió como camarero a un cardenal, el cardenal Acquaviva, como en las temporadas que vivió en Nápoles, Florencia y otras ciudades italianas, siempre el mar está presente. Porque, además, alardeaba de su propio puesto en la galera: era arcabucero, y no sé si esto puede parangonarse hoy a nuestros infantes de marina, aunque Cervantes era más bien un oficial de bajo rango.

Andrés Trapiello, en *Las vidas de Miguel de Cervantes*, nos cuenta cómo vestían los famosos y muy temidos soldados españoles en Italia. No había uniforme, porque no había dinero para pagarlo; los ingresos de los soldados venían tarde y mal, y respondían sobre todo al pillaje, al botín de guerra. Pero las tropas españolas estaban orgullosas de serlo, y cada uno se construía su uniforme como más le gustaba, como podía, alternando colores chillones, con lo que ninguno pasaba desapercibido. Hay que imaginarse a Cervantes, en Nápoles, con un sombrero de plumas de variados colores, ala ancha, un jubón verde bien fuerte y calzas rojas... con algún toque de blanco, quizá en las mangas, y la espada larga... Nadie se reiría de Cervantes, porque las tropas españolas, tanto bajo el reinado de Carlos V como en el de de Felipe II, dominaban Occidente por aquel tiempo, y a la alegría de los colores respondían los cañones de las galeras y las picas de Flandes.

Lepanto y un valiente

Cuando Felipe II encarga a su hijo bastardo Juan de Austria que mande los barcos que se enfrentarán al Turco en Lepanto, Cervantes tendrá un protagonismo singular. Según los testimonios que tenemos, durante la batalla se comportó como un valiente. Cientos de galeras se enfrentaron en aquella hora, y el mar se cubriría de sangre... pero también de gloria, esa gloria huidiza para el soldado, que al final suele convertirse en olvido.

Se estaba jugando el control del Mediterráneo, y las potencias europeas jugaban papeles difíciles: Francia, Inglaterra y los principados italianos reconocían la supremacía de España, pero estaban dispuestas a hacerla tambalear. El Papa Pío V, con su fama de santidad, había conseguido que la empresa contra el Turco se llevara a cabo, aunque, como dice José Luis Olaizola, Pío V siempre creyó que la victoria posterior se debió más al rosario que hizo rezar a toda la Cristiandad que a los cañones de la Liga. Entre sus anhelos estaba el

rendir culto a Cristo en la tierra por la que anduvo: Santos Lugares, Jerusalén. Y por supuesto, Venecia apoyó a España por meros intereses comerciales, no por ningún ideal...

Los turcos se cuidaban mucho de atacar las plazas francesas, la catolicísima Francia, para que ésta no interviniera, y Francia no estaba dispuesta a participar en una ofensiva que encabezara España. Pero Felipe II había decidido que había llegado la hora de plantar cara a los corsarios sarracenos. El Turco era el enemigo, pero también el agente que podía desestabilizar la primacía española en el Mediterráneo, clave, como conexión y puente a África, Oriente Próximo y Asia. En aquella época, controlar el Mediterráneo —y esto ya lo sabían los romanos—, significaba controlar aquel mundo.

Olaizola, en su *De Numancia a Trafalgar,* nos recuerda, sin embargo, que aquella obsesión por el Mediterráneo quitaba fuerza a otra que vendría algo después, la de los Océanos, prácticamente vírgenes de las quillas de los barcos europeos.

El escenario de la batalla

Pero nos encontramos en Lepanto. Cervantes estaba enfermo, tenía mucha fiebre, y le ordenaron permanecer bajo la toldilla, pero él salió de allí y peleó en el esquife, la posición más arriesgada en aquella época. Como un valiente.

Rodeado de cadáveres, españoles y turcos, los palos de las galeras tronchados, el velamen en el mar... después de aquel ruido ensordecedor de cañones, Cervantes se debió de encontrar muy solo, pero muy victorioso. Y con una herida que le marcó toda su madurez: un arcabuzazo le dio en la mano, y se la dejó tonta para toda la vida, «para gloria de la otra», la mano con la que escribió *El Quijote*.

Cervantes fue una especie de capitán Alatriste —el héroe de Pérez-Reverte—, pero con una pluma entre los dedos, contando y fabulando todo lo que veía. No fue asesino a sueldo, pero la mala fortuna le persiguió durante toda la vida. Hay quien dice que debió de ser «un sinvergüenza», y algo de eso hay de cierto, pero sobre todo fue un hombre que tendía a meterse en líos, y esto es aplicable tanto a su servicio a España, probablemente debido a su espíritu de aventura, las circunstancias y el deseo de ver mundo, como a todo lo que le ocurriría después.

Porque en aquella época, segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII, todo es aventura, grandeza y miseria. No entenderemos nunca a Cervantes si no vemos el pícaro que había en él, y también en aquella España, un rasgo nacional y un género literario que se desarrollaría por esos mismos años con *El Lazarillo de Tormes*.

Alegoría de la batalla de Lepanto, 1572. Madrid, Biblioteca Nacional.

Lepanto, batalla ganada por Don Juan de Austria y los españoles, tuvo pocas consecuencias, menos de lo que parecía. Las cosas cambiaron para seguir como estaban, y el visir Saikolli le dijo al bailío de Venecia:

«¿Venís a saber cómo está nuestro ánimo después de la derrota? Pues sabed que hay una gran diferencia entre nuestra pérdida y la vuestra: a vosotros, arrancándoos un reino (Chipre) os hemos arrancado un brazo; vosotros, destruyendo nuestra flota nos habéis cortado la barba; el brazo no retoña, y la barba crece más espesa».

«Todo sigue igual», vienen a decir estas palabras, «pero todo puede ir a mejor para nosotros». Y Cervantes retorna al hogar en la galera Marquesa... Ahí son hechos prisioneros él, su hermano Rodrigo y muchos otros soldados más deshechos que enteros.

Cervantes ha contado esto en su relato del Cautivo, en el Quijote, de forma distinta. El Cautivo es un hombre que escapó de los sarracenos, después de

años preso en sus «baños», cárceles, y es un trasunto de Cervantes. El Cautivo siente toda la gloria acumulada que debió de sentir nuestro escritor, entre tantos dolores, pero con una lectura muy positiva:

«Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada (Lepanto), ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos. Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel día, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo —porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron—, yo sólo fui el desdichado, pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió a tan famoso día con cadenas a los pies y esposas en manos».

En Argel, junto al mar, permaneció cautivo cinco años hasta que fue liberado por los Frailes de la Merced, una orden especializada en tales menesteres. Pero eso tardó, y Cervantes realizó varias intentonas para escapar; debió de ser el cabecilla de aquellos desgraciados que penaban una culpa que no existía, servir a su Rey, y que no recibían ninguna ayuda de ese mismo rey. Cervantes tuvo que ser un hombre de buena presencia, y todavía era joven... El sultán se encaprichó de él, y aunque no tenemos testimonios —la biografía de Cervantes es un océano lleno de lagunas—, todo indica que ese sultán lo sodomizó en repetidas ocasiones, o al contrario, porque muchas veces pagó el castigo de sus huidas con otros favores.

Cervantes ha retratado estas circunstancias en obras como *Los baños de Argel,* porque todo lo que vivió lo fue fabulando, y al igual que el Quijote es una destilación, en movimiento, de todo lo que vivió por los caminos de España, toda la gente que conoció... las obras de Argel ponen sobre el escenario, más o menos, sus experiencias como cautivo. Con su habitual espíritu de libertad...

En aquella época, la única forma de vivir de la pluma era escribir para el teatro o servir a un gran noble. Lope de Vega triunfó en las tablas y Cervantes intentó las dos cosas, pero fracasó en el teatro; en cuanto al noble, el duque de Lerma le niega la posibilidad de ir a Italia con otros intelectuales —hoy los llamaríamos así, y aquello debía de ser como los actuales viajes del Instituto Cervantes—, algo que contraría profundamente a Cervantes, porque se sabía mejor que todos ellos.

Pero hay más sucesos relativos a Cervantes y el mar, muy profundos, siempre desvirtuados por la mala suerte cervantina, o por esa capacidad para meterse en líos. Como soldado, olvidado y con una mano inutilizada —que no le impide nada, por cierto—, aspira a participar en la Armada Invencible,

cuando la arma Felipe II. Ya sabemos que lo de «Invencible» fue un invento de los ingleses, mofándose de la potencia de una armada que finalmente fue derrotada. Ya antes nuestro escritor había pedido a Felipe II un cargo en las Indias, pero el Rey le contestó de forma muy decepcionante: «Busque por aquí algo en que se le haga merced.»

Cervantes, lejos de embarcarse en los barcos españoles, tiene que conformarse con proveer de vituallas y utensilios a la Armada, lo cual confirma su destino... Un hombre con vocación de militar, condenado a desarrollar un talento inmenso en el campo de las letras. Lo que para él debió de ser un *hobby*, se convierte con el tiempo, con los siglos, en instituciones como el Premio Cervantes de Literatura.

Cervantes se paseó Andalucía y Extremadura recaudando impuestos para la Armada Invencible. A esa función la llamaban «alcabalero», y estaba muy mal vista. Por supuesto, tiene problemas, y en un pueblo le acusan de quedarse el dinero recaudado... (Esto le ocurrió, en otro orden de cosas, a Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid, recaudador de parias con los reyes moros). Pasa una temporada en la cárcel, ni la primera ni la última, porque Cervantes estaba condenado a visitar los presidios de España, y allí escribía. Él mismo dice en el prólogo del Quijote que éste fue engendrado en la cárcel.

Pero todas estas experiencias, desde el mar hasta los viajes a Italia, las batallas, los caminos de España... le dan un fondo enorme, un *background* tremendo, como dirían los periodistas. Cervantes conoce profundamente España, se ha asomado a Europa y a África, y sabe cuáles son los males de su patria, los enemigos exteriores y los interiores. Efectivamente, como demuestra en las Novelas ejemplares y en el Quijote, Cervantes conoce España como la palma de su mano, como si tuviera el mapa del país entre los dedos, y es capaz de relacionarlo con muchas otras culturas... porque Italia era un crisol de gentes y conocimientos, y la cultura árabe era entonces poderosa en lo militar, pero también en refinamiento.

El mar, cosmopolitismo

La idea de mar implica lo internacional. Llegó un momento en que Cervantes se supo un poco «por encima del bien y del mal», y eso que le despreciaban, en parte por envidia, todos los escritores de la corte. En la dedicatoria al conde de Lemos de la segunda parte del Quijote, con ironía pero también con certeza, Cervantes se inventa un relato, y dice que su libro se traducirá, en el futuro, al chino. Naturalmente esto se ha confirmado, y el Quijote es comparable, en difusión, a los libros sagrados de las culturas más importantes: la Torah, la Biblia, el Corán...

Cervantes siempre tuvo muy a gala las heridas recibidas. Para él, los rastros que le dejó Lepanto en el cuerpo, y también Argel —seguramente lati-

gazos y cosas peores—, eran sus medallas más queridas. Por eso le dolía cuando el autor del falso Quijote, Avellaneda —un pseudónimo—, le tachaba de «manco y viejo», y de tener menos dientes «que el castillo San Servando» —por las almenas—.

Dice el escritor en el prólogo a la segunda parte de su Quijote:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros.

Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien vale muerto en la batalla que libre en la fuga...»

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA,
Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.
DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.
Año, 1605.
CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Portada de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* por Juan de la Cuesta, Madrid, 1605.

En efecto, las heridas de guerra, para Cervantes, eran algo muy serio, la seña de identidad del soldado, la prueba de que había peleado y que el futuro, en su fuero interno, era campo abierto para el orgullo y la honra, con o sin barcos:

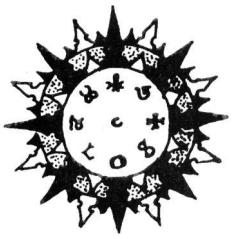
«Y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al decir la justa alabanza hase de advertir que no se escribe en las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.»

Soldado veterano

Nunca entenderemos a Cervantes si no lo tomamos como soldado veterano, siempre viajero y caminante, y, por supuesto, continuamente metido en problemas. Demostró que era capaz de hacerlo todo, desde luchar en una batalla naval épica a escribir la obra literaria más inmortal de la Historia. También demostró lo peor, aunque tratándose de un escritor hay que disculpar muchas cosas... Es un oficio que da tan poco dinero, que la mente se abre al mismo tiempo que se cierra el bolsillo. Ya mayor, antes de pegar el *boom* de su vida con el Quijote, Cervantes vivió en Valladolid, adonde el rey Felipe IV había hecho trasladar su corte. Allí montó una especie de burdel con sus sobrinas: él escribía en la mesa del comedor, mientras veía cómo entraban y salían hombres de su casa. Uno de ellos, Azpeleta, al abandonar las mieles de una sobrina cervantina, fue muerto en un duelo y Cervantes tuvo que testificar.

Don Miguel, al que no llamaban así, porque le escatimaban el «don», recordaba muchas veces con nostalgia los tiempos de Lepanto, su juventud brillante e italiana, y aquel hombre sublime en su imaginación, Carlos V, «el rayo de la guerra». La vida de Cervantes señala la frontera entre la España primera potencia del mundo y el comienzo del declive: España, al final de su vida —muere en 1616—, se convierte, para su dolor, en una potencia de segundo orden.

Era genio y figura. A los hombres sobresalientes muchas veces se les maltrata en vida, pero la posteridad se quita el sombrero —lleno de plumas— ante sus huellas.



BIBLIOGRAFÍA

ARRABAL, Fernando: *Un esclavo llamado Cervantes*. Madrid, Espasa-Calpe, 1996.

CANNAVAGGIO, Jean: *Cervantes. En busca del perfil perdido*. Madrid, Espasa Calpe, 1986 Cervantes, Miguel: *Don Quijote de la Mancha*, 2 vols., Madrid, Cátedra, 1992.

OLAIZOLA, José Luis: *De Numancia a Trafalgar,* Madrid, Temas de Hoy, 2004. TRAPIELLO, Andrés: *Las vidas de Miguel de Cervantes*, Barcelona, Booket, 2005.

REY HAZAS, Antonio, y SEVILLA ARROYO, Florencio: *Cervantes. Vida y literatura*, Madrid, Alianza, 1995.